

conocer la voluntad de Dios, de que los padres de familia instruyan á sus hijos para formar sus corazones y dirigirlos por el camino de la rectitud. Entendedlo, padres de familia, vosotros los que lejos de cumplir con vuestros deberes en esta parte, mirais con la mayor indiferencia la instruccion religiosa de vuestros pequeñuelos: vosotros los que poneis en lábios de vuestros hijos palabras obscenas, y los conducís por la senda del error, vuestro descuido será vuestra mayor confusion, porque ellos serán vuestros jueces.

¡Qué edificativo, qué cristiano es ver á una madre que teniendo en sus brazos á sus tiernos parvulillos, les hace repetir sus oraciones, por mas que ellos no puedan aun comprenderlas! ¡Y despues, cuando la razon vá desarrollándose en ellos, pasa sus mejores horas en hablarles de Dios y de sus bondades, enseñándoles á darle gracias al amanecer de cada dia por haberles concedido otro de vida, y á pedirle de noche sus auxilios para ser libres de todo mal! Una madre buena, una madre cristiana lleva á su hijo al templo, y al ver salir al altar al ministro del Señor, «hijo mio, le dice, Jesucristo vertió su preciosa sangre en el árbol de la Cruz por redimirnos y salvarnos: el sacrificio que ahora se vá á ofrecer, y que vás á presenciar es una figura ó representacion del que se efectuára en el Calvario. Aquí, sobre ese altar santo corre la sangre del Cordero, aquella misma sangre que nos lavó de nuestros pecados, cuando el sacerdote consagra, baja á la sagrada forma el mismo Dios: sí, en esa hostia que se nos dá á adorar y en ese cáliz, existe Jesucristo real y verdaderamente en cuerpo y alma; su carne, su sangre, su divinidad, su humanidad, todo

entero se halla en la hostia y en cualquier partícula ó fragmento de ella: este es un misterio, un arcano que á nosotros no nos es dado penetrar; tan amoroso es Dios para con sus criaturas, que de este modo ha querido habitar entre nosotros, ocultando su magestad bajo los velos eucarísticos, de modo que no solamente están oscurecidos á nuestra vista los rayos de su divinidad, sino que ni aun tiene las apariencias de hombre: agradece, hijo mio, tal bondad; adórale en espíritu y verdad, y el Señor te concederá sus gracias, y te librárá de todos los peligros. Por tu fé y la adoracion que le dés en la tierra, merecerás adorarle eternamente en los cielos.» En seguida, llamando su atencion á alguna imágen de la Santísima Virgen, ¿vés hijo mio, le dice, esa Señora? Pues es una imágen, una representacion de la que está en los cielos, y que es Reina de los ángeles y de los hombres. Es la Señora mas llena de virtudes que han conocido los siglos: nadie la iguala en santidad, porque despues de la santidad de Dios síguese la de su Madre, porque has de saber que María mereció ser escogida para Madre de Jesucristo, que es Dios, y que tomó nuestra naturaleza humana, para padecer en ella y redimirnos de la culpa: ella tiene á mas de un poder extraordinario para alcanzar gracias en favor de las criaturas, un corazon rebotando piedad, y nos basta invocarla con fé para que nos alcance de Dios las gracias que le pedimos: ámala mucho, hijo mio, y constitúyete su especial devoto. ¿No me amas á mí, no me quieres extraordinariamente porque soy tu madre? Pues mas que á mí debes amar á María Santísima, porque ella es tu madre y mia: es la Madre del género humano.

De este modo, mis hermanos, váse el pequeñuelo

instruyendo en la religion, se vá inclinando al bien, hácese devoto y adquiere unas ideas sanas y cristianas que no las podrá borrar el tiempo. ¡Qué bendiciones de Dios no descenderán sobre la madre que obre de este modo, y que así dirija los pasos de sus hijos por el camino de la salvacion! Llega el tiempo en que segun la prudencia del párroco deben acercarse al tribunal de la penitencia, y entonces es cuando la solicitud de una madre debe mostrarse mas, instruyéndole del objeto de este sacramento, de cómo debe examinar su conciencia, y de todos los demas requisitos que son necesarios para que la confesion sea buena. No mirará, le debe decir, en el sacerdote que vá á recibir tu confesion, un hombre, sino al mismo Jesucristo, pues que está revestido de su autoridad, para poder perdonar tus pecados: humíllate en su presencia, y confiesa con dolor y sinceridad, para que alcances el perdon de todos tus pecados. Llegará despues otro dia en que el niño deba acercarse á hacer su primera comunión. ¡Todo celo es poco en este caso! Cuidado, hijo mio, debe entonces decirle con amor; cuidado, hijo mio, que no te acerques á la mesa del altar sin llevar preparado tu corazon. Si un rey de la tierra te convidára á su mesa, si te hiciese comer en su mismo plato, y aun si despues para honrarte y ensalzarte á vista de sus pueblos te cubriese con su manto real, toda esta honra seria poco, seria nada en comparacion de la honra que te vá á conceder Jesucristo, que por medio de la comunión vá á unirse contigo, á estrecharte entre sus brazos, á identificarse, á hacerse una misma cosa contigo. ¿Tú vés como se unen dos trozos de cera derretidos al fuego? Pues con union mas estrecha vá á identificarse contigo el que es tu Dios y tu Salvador:

considera, pues, la pureza de conciencia que debe acompañar al que se acerca á comulgar.

Señores: si á estas instrucciones religiosas se añade el que los padres le dan el ejemplo acompañándoles en la participacion de los Santos Sacramentos, se enardecerá en amor de Dios el corazon de los niños, y empezarán á adquirir gusto en la práctica de la virtud. Porque no lo dudeis, mis hermanos, es imposible que resista á la virtud un niño acostumbrado á no oír sino palabras edificativas; un niño que siempre ha oído hablar de la virtud para alabarla y del pecado para aborrecerlo. No ignoro que muchos padres que así se han esmerado en educar cristianamente á sus hijos, han tenido el desconsuelo de ver que despues que han salido de la niñez y han entrado en la juventud, han empezado á corromperse insensiblemente. Esto no siempre sucede, pues no olvidando con facilidad la enseñanza que recibieron en su niñez sostienen grandes combates, y nunca por lo comun son materia dispuesta para el círmén, y aunque fuese tal la desgracia que dirigiesen sus pasos por los caminos del error y de la maldad, vosotros, padres de familia, disfrutareis de una conciencia tranquila, toda vez que hicisteis cuanto os fué posible por dirigirlos al bien. No: no serán ellos en este caso vuestros jueces en el dia del juicio; antes por el contrario vosotros sereis jueces de ellos, que así menospreciaron vuestros saludables avisos y consejos.

Buen ejemplo tenemos en Tobías, ese anciano venerable y amado de Dios, que se ocupaba continuamente en enseñar á su hijo el jóven Tobías el modo de practicar las virtudes. El mismo Espíritu Santo nos ha querido dejar consignado este ejemplo dicién-

donos: «desde la infancia le enseñó á temer á Dios y á guardarse de todo pecado (1).» Este santo celo del anciano Tobías fue remunerado por Dios, quien ordenó que aquel hijo á quien estraordinariamente favoreció por ministerio del arcángel san Rafael, fuese el báculo y apoyo de su vejez.

Otra de las obligaciones de los padres de familias, es dar ocupacion útil á los hijos, bien dedicándolos á las ciencias, á las artes ú oficio, de modo que se hagan miembros útiles de la sociedad, y tambien para apartarlos de la ociosidad que es la madre de todos los vicios. No sirve en esta parte de excusa, el que no necesiten trabajar porque poseen bienes de fortuna. Dios sentenció al hombre al trabajo y ninguno debe huir de él. Por otra parte, si ahora poseeis riquezas ¿sabeis por ventura si la inconstancia de la fortuna os privará mañana de ellas? ¡Cuántos por criarse en la ociosidad y no aplicarse á nada, se han visto despues sumidos en la mayor miseria, por no encontrarse útiles para poder ganarse el sustento! Y la miseria que á veces les lleva á la desesperacion, les hace perder la vida del cuerpo y la del alma. ¿Y quiénes han sido los causantes de tamañas desgracias? Unos padres indolentes, unos malos padres, que desconociendo sus sagradas obligaciones dejaron torcer el árbol desde pequeñito y le dejaron llegar á un estado en que ya es imposible ó al menos muy dificultoso el enderezarle.

¡Qué cuenta no tendrán que dar á Dios muchas madres, que en vez de enseñar á sus hijas la modestia les inspiran tan solo el deseo de agradar; que en vez

(1) Quem ab infantia timere Deum docuit, et abstinere ab omni peccato. Tob. cap. 1, v. 10.

de enseñarlas á adornarse de virtudes, las acostumbran al lujo y á la desenvoltura; que en suma, en vez de acostumbrarlas á ser útiles en una casa, para que mañana que tomen estado, puedan saber desempeñar sus obligaciones, solo las enseñan el arte de parecer bien y de arrebatarse las miradas! ¡Ah! Que esto conduce á males de gran bulto, que en su dia se hacen irremediables. ¿No conoceis, madres obcecadas, que contribuis á que se despierten las pasiones en esa inocente niña á quien dirigís por tan mal camino? ¿Qué será de una criatura falta de esperiencia por su edad, débil por su sexo, y poco prudente por la viveza propia de la juventud? Lo que sucederia á un buque que en medio del mar perdiese las velas y el timon, que indudablemente naufragaria. Pues bien; conoced que el mundo es un mar embravecido, en el cual no encontrareis un sitio libre de peligros, de piedras que por estar cubiertas con las aguas del deleite, burlan á cada paso la direccion del mas diestro piloto. Vuestras hijas ¡oh madres de familia! son unos débiles buques cuyo timon es el santo temor de Dios, y cuyas velas que le hacen caminar desafiando á los peligros, son el pudor y la modestia: desalojarlas de estos adornos, dejadlas abandonadas á la corriente de las aguas del mundo, y por mas que al principio resistan á sus embates, acabarán por naufragar, dando al traste con las bellas prendas que antes las distinguian, y vosotras habreis concurrido á que se lleve á cabo tanto mal. De este modo habreis perdido á vuestras hijas para Dios y para el mundo; para Dios, que viéndolas entregadas á la prostitucion, las mirará como objetos de ira; y para el mundo, porque ¿cómo mira la sociedad á una mujer que ha perdido el honor y su vergüenza? Bien lo sabeis: el mundo sensato le huye, como huir-

sele puede á un animal venenoso; hasta su vista ofende, y desechada de la sociedad y de las gentes, solo puede encontrar albergue entre las compañeras de su infortunio, teniendo aun en el mismo mundo el castigo de su maldad, en los malos tratos, en los insultos y en los improperios de aquellos mismos que las hacen objeto de sus criminales entretenimientos. ¡Cuántas han llegado á este lastimoso estado por el extraordinario rigor, ó por la mucha laxitud de sus padres!!! Os resistireis á creerlo; pero ello es una verdad innegable que han conocido algunas madres, en dias en que ningun remedio han podido aplicar para curar tan funesto cáncer.

¿Quereis saber si en el dia está abandonada la educacion? ¿Quereis conocer cómo la mayor parte de los padres viven en el olvido de sus obligaciones paternales? Salid por esas calles, encontrareis multitud de niños entretenidos en el juego, si no burlándose de los ancianos: preguntadles si saben los mandamientos de la ley de Dios, ó los sacramentos de la santa Madre Iglesia. ¡Pero qué digo!... No han visto un catecismo: si les preguntárais de maldades ó de vicios, seguramente que entonces os satisfarian y conoceriais su instruccion en esta materia. Y al ver el lastimoso estado de estas criaturas, ¿las culpareis á ellas? No, porque han aprendido lo que les han enseñado sus padres: ¡Qué mucho que blasfemen, si esto es lo que oyen en sus casas! ¡Qué mucho que no sepan lo necesario para salvarse, si tampoco lo saben los autores de su vida, y de sus lábios no oyen otra cosa que palabras escandalosas, de insultos á Dios y de menosprecio á la religion! Pues bien, padres y madres de familia, preparaos para recibir el condigno castigo, á que os haceis acreedores por vuestra anticristiana con-

ducta: esos mismos hijos á quienes habeis enseñado el camino del mal, serán los jueces en vuestro juicio: no puede faltar la palabra de Dios: *Filii vestri iudices vestri erunt.*

No puedo menos, mis hermanos, de dolerme por la suerte de esos padres descuidados á quienes ha de pedir Dios estrecha cuenta de los hijos que les concedió. ¿Y qué responderán? ¿Qué excusa será suficiente á librarlos de tanto cargo? Ninguna, porque ciertamente responderán de las almas de sus hijos con las suyas. Tiempo es, pues, ahora, padres y madres de familia que me escuchais, de que os enmendeis de los defectos en que podais haber incurrido en la materia de que tratamos. Oid las palabras y saludables consejos del Apóstol: *Educate filios in disciplina et correctione Domini.* Educad á vuestros hijos en disciplina y correccion del Señor: vuestra primera obligacion es criarlos y sustentarlos, cuidándolos en su infancia: la segunda formarles su corazon desde pequeños para que se dirijan al bien; la tercera luego que llegan al uso de la razon, llevarlos á la Iglesia, instruirlos en la divina ley del Señor, y hacer que frecuenten los Santos Sacramentos, enseñándolos vosotros no solo con las palabras, sino que tambien con el ejemplo; y por último, hacerlos huir de la ociosidad, madre de todos los vicios, dándoles ocupacion cuando tengan edad para ello, con el objeto de que se acostumbren al trabajo, herencia que heredamos por el pecado de nuestro primer padre. Si asi lo haceis; si no echais al olvido las instrucciones cristianas que os acabo de dar, el Señor os dará sus auxilios á vosotros y á vuestros hijos, para que ellos y vosotros seais un dia participantes de la gloria. *Amen.*